

SEMANARIO FAMILIAR PINTORESCO.

SUMARIO: Edgardo Poe y sus obras, por J. Verne.—Expedición al centro de la Florida. El Okichobi, por H. de la Blanchère.—Ana Severin, por Mad. Craven.—Escenas de la Vida Napolitana, por la Condesa de Rossanville.—GALERIA DE CELEBRIDADES: Joaquín Rossini, por O. Comellant.—Borgoñon en Egipto, por A. Mery.—CIENCIA FAMILIAR: Lluvia y buen

tiempo, por A. Mangin.—SECRETO DE TOCADOR: Receta para fortalecer las encías y conservarlas dándoles buen color.—JARDINERÍA DE SALON: El jardín en la chimenea.

GRABADOS: En el Océano. La Morra. Repertorio de Rossini. Enrejados para plantas trepadoras.

EDGARDO POE Y SUS OBRAS.

POR

JULIO VERNE.



En el Océano.

Comienza de allí en adelante á menguar su planeta natal día por día; mas no puede ver la luna que se halla casi en su zénity que el globo le oculta.

Le sumerge en grande estupor un ruido espantoso que oye el 15, suponiendo que se ha cruzado en su marcha con un inmenso aerólito.

Al mirar, el 17, bajo sus piés, se siente posei-

do de un terror incomparable, porque el diámetro de la tierra le parece haber aumentado súbitamente en inmensa proporción.

¿Ha reventado su globo? ¿caía con la mas impetuosa, con la mas imponderable celeridad?

Dobláronsele las rodillas, los dientes le castañeteaban, se le erizaba el cabello...

Por fortuna la reflexion salió en su auxilio, y júzguese de su alegría cuando comprendió que aquel globo que se ostentaba bajo sus piés, y hacía el cual bajaba rápidamente, era la luna en toda su gloria.

Durante las horas que habia dormido aquella noche se invirtió de arriba abajo la masa del globo aereostático, y entonces bajaba hacía el brillante satélite cuyas montañas proyectaban en todos sentidos masas volcánicas.

Contra todos los descubrimientos modernos que prueban la carencia completa de atmósfera al rededor de la luna, el 19 de abril observó Pfaall que el aire ambiente, es decir, respirable, iba siendo cada vez mas denso.

Por lo tanto, el trabajo de su condensador disminuía notablemente, hasta que, por fin, pudo salir de su cárcel de cauchuc.

No tardó en comprobar que caía con espantosa velocidad; arrojó sin demora el lastre y todos los objetos que habia en la barquilla, y por último, «cayó como una bomba en el corazon mismo de una ciudad de aspecto fantástico, y en medio de una muchedumbre de gentecilla pequeña, ninguno de cuyos individuos profirió una sílaba, ni se tomó la menor molestia, ni se hizo el menor daño por prestarle auxilio.»

Diez y nueve días habia durado el viaje, habiendo Pfaall recorrido la distancia aproximada de 231,920 millas.

Al mirar la tierra, la vió bajo la forma de un vasto y oscuro escudo de bronce del diámetro de unos dos grados, fija é inmóvil en el espacio y engalanado uno de sus bordes con una media luna de oro resplandeciente. No podía distinguirse en ella indicio alguno de continentes ni mares, y el todo estaba salpicado de manchas variables, y atravesado por las zonas tropicales y ecuatorial á guisa de fajas ó cinturones.»

Así terminan las estrañas aventuras de Hans Pfaall.

¿Cómo llegó este relato á manos del alcalde de Rotterdam, Mynheer Superbus von Underduck?

Por un habitante de la luna, ni más ni menos; por un mensajero de Hans que deseaba ir á

la tierra, y al que otorgó tal merced con la condicion de comprometerse á comunicar á los terrestres sus curiosas observaciones sobre el nuevo planeta, «sobre sus sorprendentes alternativas de calor y frio, sobre aquella claridad solar que dura quince días implacable y abrasadora, y sobre aquella temperatura glacial mas que polar, que la sustituye durante la otra quincena; sobre la traslacion constante de humedad que se opera por destilacion como en el vacío, del punto situado encima del sol hasta el punto mas distante de aquel; tambien sobre la raza de los habitantes, sobre sus costumbres, usos, trajes, instituciones políticas; sobre su organismo particular, su fealdad, *su falta de orejas, apéndices superfluos en una atmósfera tan estraordinariamente modificada*; de consiguiente, sobre su ignorancia del uso y propiedades del lenguaje; *sobre el singular método de comunicacion que reemplaza á la palabra; sobre la incomprensible relacion que existe entre cada habitante de la luna y otro ciudadano del globo terrestre*, relacion análoga y sometida á la que rige igualmente los movimientos del planeta y del satélite, y á consecuencia del cual *las existencias y destinos de los habitantes del uno, están enlazados con las existencias y los destinos de los habitantes del otro*, y especialmente sobre los terribles y sombríos misterios relegados á las regiones del otro hemisferio lunar, regiones que merced á la concordancia casi milagrosa de la rotacion del satélite sobre su eje con su revolucion alrededor de la tierra, no han girado jamás hacía nosotros y, á Dios gracias, nunca se espondrán á la curiosidad del telescopio humano.»

Reflexionad bien todo eso, caros lectores, y comprendereis las magníficas páginas que Edgardo Poe habria podido escribir sobre hechos y cosas tan estrañas.

Pero prefirió detenerse allí, y aun terminó su novela probando que no podia ser mas que una *fábula*.

Por lo tanto echa de menos y siente que no se haya escrito, como lo sentimos nosotros, la historia etnográfica, física y moral de la luna.

Hasta que otro autor mas inspirado ó mas audaz emprenda tal trabajo, fuerza es renunciar á conocer la organizacion especial de los habitantes lunares, la manera como se comunican entre sí, careciendo de la palabra, y sobre todo, la relacion que existe entre nosotros y los coexistentes de nuestro satélite.

Presumo que esos señores vista la situacion

inferior de su planeta, serían á lo sumo buenos para criados nuestros.

He dicho que Edgardo Poe habia sacado efectos varios de su imaginacion fantástica, y voy á indicaros rápidamente los principales, citando otras novelas suyas tales como *el Manuscrito encontrado en una botella*, relato fantástico de un naufragio, á cuyos náufragos recoge un buque imposible, dirigido por fantasmas; *Bojada al Maelltrom*, excursion vertiginosa de unos pescadores de Lofoden; *La Verdad sobre el caso del señor Valdemar*, relato en que se suspende la muerte en un moribundo por medio del sueño magnético; *el Gato negro*, historia de un asesino cuyo crimen descubre aquel animal por haberlo enterrado torpemente con la víctima; *el Hombre de las muchedumbres*, personaje escepcional que solo vive entre las muchedumbres, y á quien Poe, sorprendido, impresionado, cautivado á pesar suyo, sigue por Lóndres desde la mañana á través de la lluvia y de la neblina, por las calles atestadas de gentío, por los tumultuosos bazares, por entre los grupos de alborotadores, por los barrios apartados donde se agolpan los borrachos, donde quiera que hay muchedumbre, su elemento natural; y por último *la Caída de la casa Usher*, aventura horrible de una jóven á la cual se cree muerta, tanto que la entierran, y que vuelve á aparecer.

(Se continuará.)

EXPEDICION AL CENTRO DE LA FLORIDA. EL OKICHOBÍ.

CAPÍTULO XI.

LOS PALMITOS.

La llanura en todo el espacio que alcanza la vista no contenía un solo árbol elevado; estaba cubierta, hasta la altura de un hombre, de impenetrable maleza y de plantas entrelazadas.

Los sitios húmedos tienen juncos, altas plantas acuáticas y arbustos de cera (ceroxilo) (1).

Todo el terreno firme está invadido por los palmitos.

Estos arbustos cubren espacios inmensos. Su nombre mas adecuado es el de *sabales* (2) y mi-

den de un metro á metro y medio de alto: tienen el tronco espinoso, las hojas largas y espinosas en forma de abanico, y retoñan por chupones que brotan al pié del tronco padre, y así sucesivamente van formando impenetrables espesuras.

Para arriesgarse por en medio de estas plantas es menester ir provisto de botas engrasadas, que cubren los muslos, adoptadas por todos los viajeros de las selvas, y es preciso además resignarse á oír chillar continuamente á los reptiles que se encuentran á cada paso bajo la planta del pié.

El dia despues de la muerte del cocodrilo, los tres viajeros habian dejado tras sí las lagunas de la Gran Pradera para internarse en la zona menos sólida aun, que está cubierta de palmitos.

Siguiendo uno en pos de otro, al uso de la fila indiana, los encontramos caminando brújula en una mano, cuchillo en la otra, por las interminables espesuras cuajadas de pinchos y espinas.

—El demonio cargue con el último palmito!—murmuraba Halley refunfuñando.—Es un martirio pasar por entre estas espinas como un jabalí huyendo entre zarzas y breñales... A lo menos no encontraremos aquí cocodrilos como el de ayer... y váyase lo uno por lo otro.

—Verdad es; pero puedes encontrar aquí otra cosa.

—¿Y qué diablo de animal podría vivir metido entre estos espinales?

—Osos, cuguardos, amiguito.

—Mientras aguardamos ese encuentro que tú dices, Saunderson, deja que te manifieste cuan honroso será para nosotros haber muerto en la Florida el único cocodrilo de que se tenga noticia.

—Quien lo duda, amigo mio. No se conocía en este país mas que el aligador (1) comun, como en la mayor parte de la América del Norte, y otra especie, el caiman (2), que en su cualidad de tierra de transicion importó la Florida de la América del Sud.

—Vaya, todo va bien. Todo eso será en aumento y gloria de nuestros descubrimientos en pro de la Sociedad Geográfica.

Y todo el dia, riéndose de sus propias miserias y trabajos, los audaces campeones caminaron; pero en aquel suelo blando, empapado como una esponja, sin consistencia, avanzaban poco.

Su marcha, á cada instante interrumpida por el agua, por el limo extendido en llanura líquida,

(1) Cerero, ceroxilo ó mirica de la Carolina, *Myrica Carolinensis*.

(2) *Corpyha* y *chamarops humilis*.

(1) *Alligator Missisippiensis*.

(2) *Alligator palpebrosus*.

tenía que someterse á prolongados rodeos, al cabo de los cuales no tenían otro remedio que volver á tomar su primitiva direccion, con auxilio de la brújula.

Con suma frecuencia, al aproximarse los viajeros, se alzaban bandadas de aves diferentes; pero cantos y prudentes por la observacion de Beines, evitaban todo tiroteo que pudiese arrojarlos en brazos de enemigos de mala calaña.

Sin embargo, para cazadores tan apasionados era aquello una tentacion continua. Un momento en que los tres seguían las orillas fangosas de un bellissimo estanque, cuajado de nenúfares, apareció una bandada de ánades pollos, negros como las cercetas, pero con un copete blanco análogo al de las harlas.

Admirando estaban estas aves, cuando de repente salta como empujada por un resorte, una enorme *rana-toro*, ó rana mujidora (1), que estaba escondida bajo las hojas de las plantas acuáticas, coje por las patas uno de los ánades, y no obstante los gritos y esfuerzos del pobre animalito, lo arrastra al fondo del agua para regalarse con opíparo almuerzo...

Entonces empezaron á graznar, á mujir como toros, en derredor de los tres norte-americanos, varias ranas de la misma especie, que despertaron de su sigilo con el ruido del chapuz. Por do quiera se veían lomos verdes jaspeados de negro con pequeñas manchas blancas, dando saltos de seis á ocho piés de altura y zambulléndose como la primera lo había hecho.

Rufo empuñó la baqueta de su rifle y empezó á repartir á diestro y siniestro terribles baquetazos, que trazaban rayas sanguinolentas en las espaldas de aquellas enormes bestias, que medían mas de cuarenta centímetros de largo.

Pronto una media docena de ranas quedaron sin vida tendidas en el limo, y en seguida el fleumático jóven las ató por las patas y las echó sobre la mochila, destinándolas á formar el plato principal de la comida.

Entre tanto la direccion que seguían nuestros viajeros parecia conducirles al medio de lagunas y ciénagas sin término ni salida. Por ello tuvieron que inclinarse hácia la derecha, con tanto mayor motivo cuanto parecia que por aquel lado había una ligera elevacion del terreno, que tal vez les prometia para la noche un sitio enjuto, ó

á lo menos no tan inundado como el de las noches precedentes.

Con efecto, se alzaba en el horizonte una especie de mégano, semejante á un terromontero acumulado allí por el oleaje de un mar, que hubiese cubierto la comarca.

Contentos con la perspectiva de una noche saludable, encendieron fuego con sarmientos, ramas de arbustos y broza, y los tres se durmieron tendidos sobre sus capotes de cauchú...

Ya era de noche cuando despierta Rufo con sobresalto, bañado de helada escarcha... Sus dos compañeros permanecen acostados á su lado inmóviles, gimiendo... Procura despertarlos... imposible!... un letargo intenso los tiene postrados con toda la apariencia de cadáveres.

—Beines! Tomás!... Despertad!—les grita.—Soy yo, Rufo!... Tomás, Beines, alzaos, vaya!...

Nadie le contesta.

Rufo les tienta las manos, la frente... parece que arden!... No cabe duda, sus compañeros son víctimas de una fiebre terrible... Y todavía duermen!

Los levantaba Rufo y volvían á caer como masas inertes, lanzando sofocados y penosos gemidos.

Rufo, inclinado hasta entonces sobre ellos, se levantó de pronto... tenía miedo!

Tinieblas claras reinaban alrededor de aquellos hombres perdidos en el desierto.

Gritos y sonidos roncacos se oían á lo lejos... uno de los viajeros vivía... los otros iban á morir.

¿Qué hacer?... ¿qué había sucedido?

Era preciso aguardar el día.

Rufo volvió á colocar á sus camaradas uno al lado de otro, abrigándolos con las capas... ambos seguían durmiendo con aquel sueño tan aterrador...

Paseándose en torno de los dos, esperaba ansioso el nacimiento del sol...

Mas de dos horas de mortal inquietud estuvo esperando; pero, en fin, los dorados rayos del astro del día saltaron de pronto las vallas de oriente, y se difundió la luz.

Volviéndose entonces Rufo á los durmientes, se puso á examinarlos é investigar á la vez la causa que les habría sumido en tal estado de postracion y letargo.

Mucho tiempo estuvo buscando... pero, por último, dando su pié en un monton de arena, descubrió la abertura de una escavacion que se internaba en la tierra, y vió una araña de co-

(1) *Rana mugiens*. Llámala *bullfrog* los norte-americanos, de donde viene el nombre de rana-toro.—(El traductor.)

lor bermejo oscuro, con la cabeza á manera de piedra recortada en facetas.

—Cristo!—exclamó Rufo;—las migalas dormideras. (1)

Y de un salto se precipitó sobre sus amigos gritando:

—Despertad, amigos, despertad por Dios!... Alerta! el suelo está minado por las arañas dormideras.

En aquel instante ambos durmientes gimieron atacados por horribles convulsiones, retorciéndose como culebras y lanzando quejidos inarticulados.

Así padecieron por espacio de algunas horas, durante las cuales en vano les prodigó Rufo toda clase de cuidados: el veneno de las terribles arañas producía sus efectos.

A no haber despertado Rufo, los tres habrían pasado de la vida á la muerte á consecuencia de algunas picaduras mas de aquellos insectos.

Con el sol los pobres enfermos encontraron algun alivio, porque las envenenadoras no pueden soportar la luz, y la temen de tal modo, que desde que amanece cierran sus madrigueras con un tapon de arena conglutinada, y no vuelven á abrirlas hasta la noche.

Por fin, los dos letárgicos abren los ojos, vagos é inciertos al principio, hasta que poco á poco van recobrando los sentidos; ambos se sienten devorados por violenta calentura y abatidos por una laxitud que no les permite hacer un movimiento sin sufrir atroz dolor... Y sin embargo, es preciso huir cuanto antes de aquel lugar maldito.

Al cabo de un buen rato, acosados todavía por el mal, se decidieron á partir... Rufo llevaba todas las armas y demás provisiones y equipaje que había podido trasportar.

En cuanto á los dos enfermos, pálidos, desencajados, con paso inseguro y vacilante, tuvieron que seguirle tropezando en aquel terreno blando, desgarrándose al roce de los espinosos palmitos, hundiéndose allá y acullá en el barro, de donde apenas pueden sacar las piernas sin fuerzas ni vigor...

Caminan al azar, hácia adelante, sin cuidado, pues andan, aunque en vano, en busca de un paraje seguro donde pasar la noche siguiente...

Ni un árbol tan siquiera se vislumbra en todo el horizonte... con la calentura que les abrasa tendrán que acostarse en el agua y bajo la inclemente escarcha helada...

(Se continuará.)

ANA SEVERIN,

(Continuacion.)

Así como, al sufrir una caída, es uno tal vez preservado de la muerte por la rama de un árbol, que hiriéndole, amortigua sin embargo el golpe, y le permite llegar estropeado, pero vivo, al suelo, aquellas palabras hicieron caer á Carlota desde las alturas de su seguridad en un estado de viva inquietud, cuyo objeto inmediato era Guillermo:—el pensamiento se precipita siempre desde luego hacia aquello que más ama; despues retrocede y pasa por todos los grados del temor y de la esperanza, temiendo, y queriéndolo todo, excepto una sola desgracia, ante la cual todas las demás no son nada en tal momento.

La desgraciada Carlota retrocedía tambien ante el pensamiento de esta sola desgracia: pero aquel minuto de preparacion quizás había sido suficiente para impedir el golpe que iba á herirla mortalmente.

Luisa permaneció más de media hora fuera de la sala... Al cabo de este tiempo, se abrió suavemente la puerta, y apareció con los ojos enrojecidos y el rostro cubierto de una palidez mortal.

Carlota estaba arrodillada delante del crucifijo. Al oírla, se levantó rápidamente, y las dos jóvenes se encontraron frente á frente.

Carlota miró á su hermana, y lanzó un espantoso grito. Luisa la recibió en sus brazos, la dirigió hacia el reclinatorio, en el que se arrodilló con ella, y allí fué donde Carlota recibió de sus manos el paquete cerrado que le trafa, donde escuchó la narracion que tenia encargo de hacerle, y donde, en fin, las grandes oleadas del dolor pasaron sobre su joven cabeza y la dejaron por espacio de largas horas tendida sin vida... Cuando abrió los ojos era ya muy entrada la noche. Enfrente de ella, sólo se distinguía aún la blanca imágen de Cristo, la cual parecía echar una mirada de divina compasion sobre la criatura que sufría y lloraba á sus piés!

«No hay en el corazon encuentro más terrible que el de la juventud y la desesperacion,» ha dicho un escritor de nuestros dias (1). Es terrible, en efecto, cuando esto sucede, pero cuando la luz de la fé no está extinguida en un corazon joven, este encuentro es imposible. La fé bendice y con-

(1) *Latrodecto.*

(1) Alfredo de Vigny.

sagra esta difícil union de la juventud con la desgracia, y á veces la hace indisoluble; porque quiere su duracion y rechaza el olvido: ella es la guarda de los recuerdos lejanos, como de las esperanzas inmortales; pero siempre aleja la sombra de desesperacion, que sólo mora en las almas enervadas y cobardes. La desesperacion suele ser seguida de la locura ó el suicidio; pero más ameno aún de la distraccion desenfrenada, del muelle olvido, y de la profanacion de todas las alegrías como de todos los dolores pasados!

Esta desesperacion no se apoderó en manera alguna del alma de Carlota. Al contrario, de lo alto de aquella cruz descendió sobre ella una de esas misteriosas palabras que penetran hasta el fondo del abismo, y llevan á él un consuelo y hasta una extraña alegría, desconocida en la tierra, y para la cual, el mundo no tiene nombre. Pero este terrible y divino lenguaje no se deja oír más que á la hora de la extrema desolacion, y cuando ya no llega al corazon destrozado el más lejano eco de un consuelo humano.

VI.

Poco podemos decir acerca del año casi entero que siguió á este día. En nada cambió aparentemente la vida de los habitantes de la Quinta del Olmo despues de la muerte de Guillermo. A los ojos de las personas indiferentes, aquella apacible morada continuó siendo absolutamente la misma, pero como un paisaje permanece el mismo cuando se ha puesto el sol. La radiante sonrisa de Carlota, que había sido para ellos la verdadera luz del hogar, estaba extinguida para siempre. Despues de una larga enfermedad, la jóven había recobrado poco á poco las fuerzas, lo mismo que su belleza, alterada por un momento. Pero era una belleza transformada como su vida. Pidió que la dejaran llevar luto por Guillermo, como si hubiera sido su esposa, y así fué como volvió á aparecer por primera vez á los ojos del Marqués. ¿La encontró éste menos encantadora que antes? No es muy probable: la desgracia de Carlota debía aumentar mucho más la ternura, el respeto, y la oculta adoracion de que era objeto. Nada cambió, sin embargo, su actitud en presencia de ella: nada, ni aun la costumbre de verla todos los días. Este placer—el único de su vida—una sola palabra hubiera bastado para hacérselo perder irremisiblemente, y

por lo mismo tuvo muy buen cuidado de no pronunciarla.

Enrique Devereux, por su parte, continuaba viniendo todas las noches; su amistad con el Marqués creció mucho más aún desde su comun ansiedad, y estaban tan ligados como lo permitía la diferencia de su edad y de su posicion.

Carlota no cantaba ya, pero amaba más que nunca la música. Cuando Luisa se ponía al piano, la escuchaba de lejos, sentada en la sombra, á fin de que nadie viese sus lágrimas. Enrique se acercaba entonces algunas veces á Luisa, y permanecía breves momentos á su lado. Cuando esta conversacion se prolongaba algo, un rayo de alegría iluminaba los ojos azules de Carlota. Un día que pasaba esto, le pareció que el Marqués lo había notado, y le interrogó con la mirada, pues hubiera querido que él alentase su pensamiento; pero el Marqués, que leía mejor que ella en el corazon de Devereux, movió la cabeza, y fijó un instante en Carlota una mirada, que ella no comprendió; pero aquella mirada la afligió, por no corresponder, como hubiera querido, á su silenciosa pregunta, y su cabeza, erguida por un instante, volvió á caer tristemente sobre su mano.

(Traduccion de E. Orellana.)

(Se continuará.)



ESCENAS DE LA VIDA NAPOLITANA.

POR

LA CONDESA DE BASSANVILLE.

PARTE PRIMERA.

Aristocracia, clase media y pueblo.—Los proveedores de salud.—Jueces y pleiteantes.—Un proceso eterno.—Una revuelta en Nápoles.—El lazzaroni y el pilluelo parisien.—Fernando II y Cristina de Saboya.—La archiduquesa Maria Teresa.—El rey Bomba.—Comedia hecha por este rey.—Fernando y la tortilla.—Advenimiento de Francisco II al trono.—Un paseo por Nápoles.—Giras campestres á la luz de la luna.—Los talleres y tiendas en medio de la calle.—Los cocheros napolitanos.—Los baños en Nápoles.—El juego de los lazzaroni.—El napolitano y el Vesubio.—Los lazzaroni y los piamonteses.—Los fumistas sin chimeneas.—Los bandidos calabreses.—Otro Sancho Panza.

Creemos que podrán ofrecer cierto interés algunas escenas de la vida íntima de Nápoles en tiempo de la anterior monarquía, ahora que va perdiendo sus antiguas costumbres.

Para ello he consultado mis recuerdos, y voy á reproducir la fisonomía de Nápoles, tal como era cuando yo vivía allí, y que pocos sin duda conocerán con exactitud.

Había en Nápoles tres clases de sociedad tan distintas, y tan separadas como si entre ellas se alzase la gran muralla de la China. Eran la aristocracia, la clase media y la plebe.

Todos los miembros de la aristocracia estaban unidos entre sí, no solo por la idea de casta, sino por los lazos de la sangre, toda vez que nunca contraían matrimonios fuera de su clase.

La aristocracia vivía, pues, en la mayor intimidad, tomando esta palabra en su acepción mas recta y honrosa: todos sus individuos se tuteaban, llamándose familiarmente por el nombre de pila, y lo que producía mayor sorpresa á los oídos de un extranjero, era, por ejemplo, oír como un jóven decía á una doncella con la cual no mediaban ninguna clase de relaciones.

—¿Cómo estás, querida Juana?

Y esta responderle sin pestañear:

—Muy bien, ¿y tú, don Julio?

Y la querida Juana y el don Julio eran nada menos que un duque y una marquesa, cuyo blason remontaba su origen al tiempo de las cruzadas.

Semejante familiaridad no debe hacer sospechar de la honradez de costumbres que reinaba en la elevada clase; al contrario, su moralidad era rígida y severa.

La clase media, menos numerosa que las otras dos, se componía de elementos muy diversos; mas de la mitad estaba representada por extranjeros y forasteros, establecidos allí con objeto de hacer fortuna. Por esto vivían completamente á su manera, y tomando algo de las costumbres napolitanas, conservaban el sello marcadísimo de su fisonomía originaria. Una sola cosa, por ejemplo, se encontraba invariablemente en todos los miembros de esa clase poliglota, y era su odio á la nobleza y su desprecio por la plebe, no perdonando á la primera el desden que mostraba á las profesiones liberales, puesto que á la sazón, á los ojos de la aristocracia napolitana, médicos, abogados, artistas, no diferían en nada del mercader ó negociante.

En cada casa rica de Nápoles había el médico particular que iba todas las mañanas á visitarla, y se le pagaba por anualidades. Se le trataba con bondad, con generosidad si se quiere, pero nunca llegaba á ser amigo de la familia, siendo única-

mente para ella el *proveedor de salud* y nada mas.

La aristocracia era tan perezosa como los *lazzaroni*; desdénaba las artes, despreciaba la industria, lo cual hacía que los magnates encontrasen la vida larga y fastidiosa; porque no siempre se puede estar durmiendo ó bostezando, y un príncipe italiano he conocido yo, que para distraerse arreglaba cada día todas las lámparas de su palacio.

Había todavía en la época á que me refiero en las costumbres de la alta clase italiana cierto reflejo de las costumbres árabes: las mujeres pasaban casi todo el tiempo tendidas ó recostadas en sus divanes, rodeadas de numerosos criados, y no hacían la menor cosa de provecho en todo el día. A últimos de la tarde salían de su apata para hacerse adornar é ir á ostentarse en el teatro de *San Carlo*, ó en el paseo de la *Chiaia*. A esa hora se cambiaban las visitas, ya sea de un palco á otro, ya de uno á otro coche.

La magistratura ocupaba un lugar aparte entre la nobleza y la clase media, que la detestaban y halagaban á porfía, porque uno de los mayores gustos de los napolitanos consiste en pleitear. Sus pleitos nunca terminan. Recuerdo que por la época en que yo me encontraba en Nápoles, una ilustre familia sostenía un litigio que llevaba de fecha ciento veinte y cinco años y en él había gastado centenares de miles de pesetas. Hé aquí cual había sido el origen.

Doña Juana, hija del príncipe Carini, sumamente bella, y rica, se había negado á aceptar los mas brillantes partidos de matrimonio, hasta el momento en que se le presentó don Emilio, duque de Rampone y príncipe de Castelgrandine. Don Emilio era guapo, noble y bravo, por lo cual la soberbia doncella lo miró con cierto interés; mas como el príncipe era pobre Carini, fué quien opuso dificultades. Desesperado el jóven iba á salir de Nápoles, cuando una mañana se presentó secretamente en su morada una señora tapada con un manto, deseando una entrevista con él.

Calcúlese el asombro del príncipe al conocer á la altiva Juana, cuando su visitante se levantó el velo.

—Príncipe, le dijo, te amo y quiero ser tuya: vamos á *Santa Chiara* donde el padre Gerónimo nos espera para casarnos. Me quedo pobre como tú, puesto que mi padre se niega á nuestro casamiento; pero fio en tu ánimo para asegurar la

suerte de la que va á ser tu compañera, tanto en la fortuna como en la necesidad.

Con efecto, don Emilio llevó á Juana á Santa Chiara y se unieron aquel mismo día. Un año despues la hermosa princesa murió dando á luz un niño en el preciso momento en que el príncipe de Carini pasaba de vida á muerte sin haber perdonado á su hija.

En cuanto al jóven príncipe de Castelgradini

sintió tan viva desesperacion del prematuro fin de su amada esposa que corrió peligro de perder la razon y tuvo que ausentarse de Nápoles por muchos años. Al salir fió su hijo á la confianza de un antiguo servidor que le era completamente leal; pero cuando sintiéndose mas fuerte, es decir, mas resignado volvió á Nápoles y quiso, en nombre de su hijo, entrar en posesion de la hacienda de los Carini, la familia de este príncipe respon-



La Merria.

dió á su demanda con un proceso que los abogados enredaron tan bien, que este proceso en 1857 duraba la friolera de ciento veinte y cinco años.

Conforme he dicho, los magistrados son muy festejados por todas las clases en aquella tierra napolitana, donde cada habitante contaba uno ó mas pleitos en su familia. Estos magistrados poco retribuidos por el gobierno, se resarcian con el litigante, y en su casa tenía un gran papel la *buena mano*. Cuando un solicitante se presentaba para implorar al juez, primero debía deslizar una moneda en las manos del criado, si quería que este le introdujera á la presencia de su amo. Una vez dado el fallo el litigante afortunado tenía que ir á visitar y á dar gracias á cada uno de sus jue-

ces, gracias que se traducian en buenas monedas sonantes y cantantes entregadas á los criados de la casa.

¿Qué venia á ser esa *buena mano*? Una veces reemplazaba el salario de los servidores, otras pagaba ciertos gastos de la casa, y otras, en fin, se repartía fraternalmente entre el amo y el criado.

Confieso que esta especie de mendicidad tocante á una clase que nosotros estamos tan acostumbrados á respetar, es una de las cosas que me repugnaron mas durante mi residencia en Nápoles.

(Se continuará.)

JOAQUIN ROSSINI.

POR

O. COMETTANT.



El Barbero de Sevilla, 19 Setiembre 1821; Semíramis, 9 Julio 1860; Guillermo Tell, 3 agosto 1829; Moisés, 23 Marzo 1827; El Conde Ory, 20 Agosto 1828.

Pero sigamos á Joaquín en la carrera que va á abrirse, veámosle crecer con interés, y detengámonos en cada una de las etapas importantes de su gloriosa existencia.

Tiene apenas doce años y es ya bastante mú-

sico para enseñar el papel á los cantantes y acompañar con el clave, sin dejar de emplearse en la iglesia y de seguir sus estudios musicales. El oficio de tiple, no era en aquel tiempo de los mas lucrativos en la casa del Señor, como tampoco lo

es hoy; mas no importa, muchos pocos hacen un mucho; lo que gana basta casi enteramente para las necesidades de la familia. Su retribucion es de tres *paoli* por oficio ó sea una peseta y media: cada vez que toca el clave en el teatro gana cinco *paoli*.

En cuanto á las lecciones que da, no son de pago: es el arte por amor al arte.

Habiendo declarado cierto día el profesor don Angelo Tasei que su discípulo sabía tanto como él, Joaquín pasó al estudio de Babbini, que, como cantor, tenía fama en toda Italia. Acaso esta primera educacion contribuyera á formar el estilo vocal de Rossini, que es el compositor que ha escrito mejor para las voces. En todas las cosas, no se puede hacer ejecutar á los otros sino lo que se conoce perfectamente. Si tantos compositores han escrito mal para las voces, incluso Beethoven, es porque no cantaban y solo conocían teóricamente los recursos del órgano vocal. Algunos se han admirado de la manera maravillosa con que Rossini ha empleado las cornetas en la obertura de *Semirámide*, en *Guillermo Tell* y otras: es porque Rossini tocaba ese instrumento tan bien como cantaba. Aun antes de haber tomado ninguna leccion de armonía, la joven imaginacion del futuro gran maestro se habia ejercitado en pequeños duos para dos cornetines, que tocaban él y su padre.

«Hemos tenido ocasion, escribe el biógrafo que hemos citado, muy rara por cierto, de oir algunos fragmentos de esos duos compuestos por Rossini. No nos ha sido difícil reconocer en uno de esos fragmentos, el gérmen del soberbio motivo de la tocata de cuatro trompas de caza, escrita veinte y cinco años despues en Rambouillet y dedicada al señor Schikler.»

Antes de entrar en el liceo de Bolonia en la clase de contrapunto de Mattei, el joven aspirante á la gloria habia tenido el honor, muy raro y precioso á su edad, de ser nombrado acompañante y director de orquesta de la *Academia d'I Cordi*. Era esta una sociedad filarmónica de aficionados que daba cada mes un gran concierto de coros y orquesta. Esto, tan extraordinario como exacto, dice elocuentemente en cuanta estima se tenía en la musical ciudad de Bolonia á ese *maestrino* de catorce años. Tan solo uno despues, en 20 de marzo de 1807, obtuvo Rossini la admision á la escuela del padre Mattei.

Era gran contrapuntista este padre Mattei, pero hombre brutal, y en lo demás un mediano

profesor. Acusaba á Joaquín de perezoso, cuando este, queriendo iniciarse en el secreto de todos los instrumentos de la orquesta, los estudiaba todos con ardor, pero de escondite, por temor de que le riñera el hombre que no juraba sino por el contrapunto, y no queria que sus discípulos hiciesen otra cosa que fugas.

No importa, Rossini se instruía, sea como fuere, que para él era lo principal. Sin ser un famoso violinista acabó por tocarlo tan bien, que mereció este elogio de Zanolini: *Sonava il violino per eccellenza*.

Rossini seguía regularmente una clase de violoncelo, y se *divertía* en la biblioteca de la escuela poniendo en partitura los cuartetos de Haydn y Mozart, de los que no se tenían trozos separados. Además, servía de apuntador á sus camaradas cuando querían ejecutar alguna obra nueva, señaladamente de los maestros alemanes de la sinfonía, desconocidos, por decirlo así, por aquel tiempo, en la patria de Paesiello y Cimarosa.

Todo esto, por supuesto, lo hacia Rossini sin descuidar las ocasiones de ganar algunos *paoli* que entregaba religiosamente á su familia necesitada.

Rossini ardía en deseos de emanciparse de la tutela del contrapunto, ciencia que le parecia tanto más oscura, cuanto que el padre Mattei no sabía ó no queria darle ninguna explicacion de las reglas, alegando por toda razon que así lo queria el uso.

Cada año en el Liceo de Bolonia ponía en música un discípulo las palabras de una cantata, que se ejecutaba solemnemente ante las autoridades de la ciudad y de un público escogido. Cuando tocó el turno á Rossini obtuvo su composicion un éxito brillante. Esta cantata se titulaba *Pianto d'armonia per la morte d'Orfeo*, y se estrenó el 8 de agosto de 1808. De esta fecha memorable data el primer triunfo del maestro.

Este alentó á Joaquín y le dió fuerza para buscar los secretos armónicos del misterioso Mattei. Por espacio de algunos meses más, se le ve entregado á la cultura de la fuga á cuatro y á seis partes, á uno ó doscientos motivos, al acompañamiento del canto llano; pero luego se cansa de alinear nota y desea vivamente producir ideas. No se emancipa, empero, bruscamente de la escuela, como se ha dicho, sino que poco á poco la abandona no volviendo á ella mas que por intervalos, cada vez mas largos.

Por último, se emancipa del todo y se presenta en la escena. En el teatro de *San Mose* de Venecia da su primera ópera: la *Cambiale di matrimonio*, opereta bufa ó *farza* en un acto, hablando italiano. El empresario satisfecho del resultado de la misma produccion no vaciló en pagarle su partitura, en toda propiedad, con la suma equivalente á unas ¡doscientas pesetas! Verdad es que de este dinero tuvo que sacar el autor los gastos del viaje de Bolonia á Venecia y vice-versa, y á más los de su permanencia en la ciudad de los Dux... ¡pero con la economía!... Rossini quedó satisfecho del negocio y halló medio de entregar de sus primeros derechos de autor algunas pesetas á sus padres, que como siempre, las necesitaban en gran manera.

No se trabaja únicamente por interés cuando se tiene la honra de titularse artista, y no es por eufemismo que se llama arte liberal á la música. A su vuelta á Bolonia el autor de la *Cambiale*, compuso gratuitamente una cantata de *Didone abbandonata*, para Ester Mombelli, que la cantó en su beneficio. Confiando el empresario del *Corso* de Bolonia en el talento del jóven compositor, le dió el libreto de una ópera bufa en dos actos, el *Equivoco stravagante* para que la pusiera en música. El éxito no respondió á las esperanzas de los autores ni del empresario; pero este no tuvo dificultad en dar al maestro doscientas cincuenta pesetas por sus derechos de autor.

Sin embargo, llegó la verdadera era de gloria para Rossini. En 1812 volvió á Venecia para representar el *Juganno felice*. Aunque en esta obra las armonías se resienten de timidez y falta de correccion, «el génio, dice Stendhal, brota en ella por todas partes.» Y tiene razon Stendhal para hablar así, puesto que génio es sinónimo de originalidad, de creacion, de nueva senda abierta á la expresion de nuestros sentimientos.

Debemos colocar por órden de fecha, despues del *Juganno felice*, una opereta bufa, sobre la cual nada dicen la mayor parte de los biógrafos de Rosini, á pesar de que entretuvo gratamente las veladas de últimos del carnaval en aquel mismo año, 1812. Era el *Cambio della Valligia*, série de cascadas debidas al libretista Foppa que fueron pagadas en cincuenta pesetas por el director del teatro de *San Mose*, que como se ve, no retribuía con excesiva prodigalidad á los autores. Pero mas retribuido que su colaborador, Rossini recibió doscientas pesetas por su partitura. Era el precio usual.

Rossini que se sentia ya impulsado á trazar las grandes líneas del arte en sérios y majestuosos cuadros sonoros, quiso probar sus fuerzas en este género, y de un salto pasa de la *farza* á un oratorio ó casi oratorio, titulado *Ciro in Babilonia*. Esta obra en dos partes ó en dos actos, segun se la considere como oratorio ó como ópera seria, se dió en el teatro *comunal* de Ferrara en la cuarema de aquel mismo año, 1812. «Dos árias, dice Fetis, y sobre todo un coro de *Ciro in Babilonia*, cuya deliciosa cantinela fué mas adelante el tema de la cavatina del *Barbero de Sevilla* (*Ecco Ridente*), no dejan la menor duda sobre la rica imaginacion del jóven maestro.» Sin embargo, Azevedo que ha tenido á la vista la partitura de este oratorio, dice en contra de Fetis: «En vano hemos buscado el motivo de la cavatina del *Barbero* en la partitura de *Ciro*; donde la hemos hallado es á la cabeza del coro de la introduccion del primer acto del *Aureliano in Palmira*, con estas palabras:

¡Sposa del grande Osivide!

¡Cuántas reflexiones podrian hacerse respecto de este motivo empleado primero para invocar la *Sposa del grande Osivide*, y luego para dar la serenata á la vivaracha Rosina.

Tocante á los trozos que Rossini ha tomado de sus mismas obras, trasportando fragmentos de una á otra, lo que tan á menudo como acerbamente le han echado en cara, dejemos hablar al compositor: «Siento coraje, escribía á Doussoult, respecto á la publicacion de mis obras completas, y estoy furioso contra esa publicacion que pone á la vista del público todas mis obras reunidas, porque se hallarán en ellas varias veces los mismos trozos, pues me he creído con el derecho de retirar de mis óperas silbadas las piezas que me parecian mejores, y salvarlas del naufragio colocándolos en las nuevas óperas que hacia. Una ópera silbada me parecia muerta para siempre, y he aquí que ahora se ha resucitado todo.»

(Se continuará.)

BORGONON EN EGIPTO.

(Continuacion.)

—No está contento de mi liberalidad,—pensó el conde;—y tiene mucha razon: ¡un apretón de manos! ¡que recompensa para tamaño servicio! ¡El no conoce la abnegacion! Dejemosle creer un poco mas que soy ingrato.

Ante todo convenia salir de los bosques, guarrida de tantos jabalíes, puesto que no se hacen dos milagros en un mismo día.

Al llegar á los últimos árboles, el conde se desató un cinturón secreto, verdadera arca portátil de caudales, un viático de rico emigrado previsor, y registrando el ancho fondo en el que los diamantes estaban mezclados con los doblones, tomó cincuenta de estos y los presentó al árabe que retrocedió de alegría ante aquel tesoro de las *Mil y una Noches*.

El oro, ese vil metal, lo comprenden todas las inteligencias; fascina al salvaje lo mismo que al civilizado; provoca la sonrisa á todos los labios sin distinción de color ni matiz; es el idioma universal mineralizado.

Llegaron por fin á las pirámides. El árabe es cogió la parte de la sombra, se sentó y se puso á contar las monedas de oro. El conde subió la pirámide de Cheops con la agilidad de la juventud, y llegado á la cúspide, grabó en el granito el nombre de la hermosa marquesa Octavia de San Nizier.

Enseguida bajó esta escala de Jacob, y al llegar al llano, buscó al árabe y no encontró mas que el desierto. El asnero había desaparecido.

Lanzó gritos inarticulados, y el eco de las pirámides fué el único que se dignó responder al húsar.

Un pensamiento horrible se apoderó de la mente de Máximo. Aquel árabe, charlatan como todos los árabes, se habría apresurado á regresar á su casa para referir á su familia la suerte que acaba de tener. Su viva impaciencia no le había permitido esperar el regreso de su generoso bienhechor. Luego iba á difundirse y propalarse de boca en boca, en las ciudades habladoras de Boulak y el Cairo, una noticia fatal para él, no tardando en exajerarse la munificencia y riqueza de un simple soldado. Este rumor llegaría infaliblemente á oídos franceses y sería objeto de una delación al general. Un húsar que siembra el oro, y lo tiene en tanta abundancia, no puede ser sino un ladrón, un aristócrata, un emigrado disfrazado. El beneficio se trocaba, al divulgarse, en una sentencia de muerte.

Sin embargo, y ante todo, importaba entrar en Boulak para dar cuenta del paseo á las pirámides, y esta voluntad de Dios que los hombres llaman casualidad, condujo en aquel momento ante la gran esfinge una pequeña caravana que se dirige al Cairo. El conde Máximo, tan compro-

metido por su generosidad, ofreció una modesta moneda de plata al conductor, y se le permitió montar en un onagro y seguir á los peregrinos.

En Boulak echó pié á tierra el húsar y corrió á la casa del conde Huberto. Los dos hombres se hallaban en el Cairo; la marquesa se paseaba sola bajo los sicomoros entregada á sus pensamientos.

Parecíase el conde á un náufrago del oceano de arena; su uniforme caía en girones; su dólman había dejado la mitad del paño en las malezas; sus botas lloraban la pérdida de las suelas; polvo blanco y abundante cubría todo su cuerpo, todo, en fin, servía de certificado al húsar. Había en efecto escalado las pirámides para escribir cerca del sol la tarjeta de visita de la marquesa, sitio mas alto que el corazón de un noble enamorado.

Conmovióse hondamente la jóven al oír el relato del conde que pasó en silencio lo ocurrido en el bosque de las mimosas, el encuentro de los jabalíes, la heroica y milagrosa intervencion del árabe, y la fatal generosidad que podía hacer subir al cadalso una cabeza de emigrado.

Con su maravilloso instinto las mujeres adivinan siempre la misteriosa reticencia que un hombre interesante pone en su relato.

—No sé si me equivoco,—dijo la marquesa sonriendo,—pero me parece que usted oculta algo. Mientras me contaba usted su paseo, sus ojos parecían estar pensando en cosas que sus labios no decían.

—Señora,—respondió el conde riendo,—tiene usted razón; he olvidado un pormenor...

—¿Un peligro?—interrumpió la marquesa con cierto aire de espanto.

—Sí, señora, un peligro bastante grande; pero el peligro es la distracción del soldado.

—Vamos á ver, señor conde: ¿como se ha distraído usted? ¿como se ha divertido? Esto me interesa.

Entonces el conde Máximo llenó una laguna de su relato, y explicó gravemente el encuentro de los jabalíes.

A cada frase que oía la marquesa se esforzaba en contener una carcajada; pero al fin del relato dió rienda suelta á sus ganas de reír y el conde Máximo se quedó como petrificado.

—¡Ah! ¿usted no conoce los jabalíes de Egipto?—dijo ella:—son de una especie particular; los mejores animales de la tierra; nadie los ataca desde el tiempo de Moisés, y á ellos no se les ocurre tampoco atacar á nadie; son inocentes como el mas inofensivo herbívoro, y un chiquillo los pon-

dría en fuga á docenas con una caña... Pero bien, —añadió examinando la fisonomía del conde:— ¿usted me oculta todavía algo? Yo lo adivino... Vaya, exijo el relato completo.

Obedeció el conde, y esta vez no respondió la Marquesa con una carcajada, si no que participó de los justos temores que abrigaba el húsar emigrado.

Temores fundados en conjeturas y concebidos por dos personas que no se han puesto de acuerdo, deben tomarse en consideración, tratándose nada menos que de la vida. Convínose, pues, después de un cambio rápido de algunas palabras, que el peligro de muerte existía. En semejante caso el lujo de precauciones era saludable, y toda duda era una imprudencia.

Viendo el terror de la marquesa, Máximo exageró sus propios temores sin duda con objeto fácil de adivinar.

—Señora,—le dijo con voz llena de emoción,—confieso mi pusilanimidad; he arrostrado la muerte en los campos de batalla, pero la muerte á mano del verdugo me amedrenta, y se me turba de tal modo la cabeza que me parece imposible que yo encuentre una buena inspiración. Ayúdeme usted, por favor; las mujeres tienen el instinto de los buenos consejos.

La joven viuda reflexionó algunos instantes y dijo:

—Señor conde, no veo mas que un medio de salvación. Le daremos á usted un disfraz; partirá usted con mi primo, é irá usted á Alejandría, á Roseta ó á Jafa. En cualquiera de esos puertos encontrará usted fácilmente la ocasión de ir á encontrar en alta mar uno de los buques del comodoro Sidney Smith, el *Teseo*, ó el *Tigre*, que están siempre de crucero en las costas de Egipto...

Hizo el conde un brusco ademán que cortó la palabra á la joven, la cual cambió de tono y acabó de esta manera una frase comenzada en otro sentido.

(Se concluirá.)

CIENCIA FAMILIAR.

LLUVIA Y BUEN TIEMPO.

(Continuación.)

Las atracciones combinadas del sol y de la luna que producen las mareas oceánicas, obran de una manera regular y periódica. En tal concepto el tiempo debería cambiar con la misma

regularidad, y no sucede así. Además, tal vez se han formado ideas muy exageradas de la importancia de dichas mareas. En lo concerniente al Océano no se traducen mas que por oscilaciones imperceptibles. Lo que llamamos *grandes mareas* y que se efectúan en el plenilunio de equinoccio, no se dejan sentir con fuerza si no en algunos lugares, donde el viento las favorece á menudo, y la configuración de las costas en toda ocasión. ¿Pero sabe usted que altura alcanzan? Siete metros á lo mas sobre el nivel medio. Esto basta para darnos á nosotros, miseras criaturas, un espectáculo imponente, grandioso, y que puede parecernos trágico. En 1634, una alta marea de otoño, engrosada por una tempestad, devastó la isla de Nordstrand en la costa de Dinamarca. ¿Mas qué significa una hinchazón local de siete metros relativamente á la inmensidad del Océano?

—Muy poca cosa, lo confieso.

—Trasportemos ahora ese efecto minúsculo al océano atmosférico que tiene ochocientas veces menos densidad que el mar. Es completamente imperceptible, pues no afecta mas que las capas superficiales de la masa gaseosa, y en cuanto á las capas medias y las inferiores, lo sienten tan poco, que el barómetro no lo señala mucho ni poco. El barómetro está sujeto á oscilaciones diurnas que la analogía atribuiría á mareas atmosféricas; pero nada tienen que ver estas con las mareas oceánicas, sino que son debidas como todos los movimientos del aire, á cambios de temperatura. Lea usted, señora, el libro de Marié-Davy, que nunca recomendaría lo bastante. En el párrafo 7.º del capítulo trata ese astrónomo tan sabio como profundo, de las *Mareas del Océano y de la atmósfera*. Sé casi de memoria todo este párrafo, y señaladamente el trozo que voy á recitar:

«Las mareas oceánicas, producidas especialmente por la acción lunar, obedecen en cuanto á la aparición, al movimiento de nuestro satélite; y como el paso de este astro al meridiano se atrasa cada día de cincuenta minutos y medio, las mareas retardan por término medio el mismo espacio de un día al otro. De ahí que sucesivamente empiecen á todas horas del día y de la noche. La oscilación barométrica se efectúa al contrario, siempre á la misma hora, término medio. La oscilación de la superficie de los mares tiene origen en las regiones vecinas del ecuador, y se propaga sucesivamente hácia los polos, tardando un día y medio en llegar á las costas francesas; la hora de su aparición es por consiguiente muy

variable, según las latitudes. Las oscilaciones del barómetro dependen sobre todo de las horas del día, y se producen aproximativamente en los mismos instantes á todo lo largo del meridiano.»

Luego es palmario que no hay nada de comun entre los dos fenómenos. Marié Davy podía concretarse á esas pruebas, pero hizo más; reprodujo las curvas de las presiones barométricas, por término medio, de las nueve de la mañana y de las tres de la tarde, calculadas por Bouvard por espacio de doce años consecutivos. De la inspeccion de esas curvas resulta; primero: que la presión barométrica á las nueve es siempre mas considerable que á las tres, sea cual fuere la hora de la marea; segundo: que el desvío barométrico que podría atribuirse á la influencia lunar (lo que nadie ha podido demostrar) no pasaría de *cinco á seis décimos de milímetro*, mientras que cuando el tiempo cambia, vemos el barómetro ascender ó bajar en veinte y cuatro ó cuarenta y ocho horas, uno ó dos centímetros. «De ahí puede inferirse, concluye Marié Davy, cuan ilusorias son las teorías para fijar por las fases de la luna las variaciones del tiempo.»

Supérfluo sería ahora examinar y refutar el sistema de pronósticos imaginado por el difunto Mathieu (del Drome) y poner á usted en guardia contra los oráculos de capricho que un continuador y homónimo del espresado profeta, Mathien (del Nievre) consigna cada año en su almanaque. Prefiero, ya que en eso estamos, saldar definitivas cuentas con usted respecto de nuestro satélite. Sería ir demasiado lejos negarle toda influencia en el estado del cielo: esa influencia es ténue, pero existe. La luna, como usted sabe, señora, no es luminosa por sí misma; la luz que de ella recibimos es solamente un reflejo de la luz del sol. Se ha dudado mucho tiempo si al enviarnos la luz del sol, no nos enviaba también parte de su calórico. Para resolver esta duda, el físico italiano Melloni, tuvo la idea de concentrar los rayos lunares en la cubeta de un termómetro por medio de un poderoso lente; pero el termómetro no dió la menor señal de haberse impresionado.

Más recientemente, un físico inglés, Park Harrison, compulsó mas de 16,000 observaciones de temperatura recogidas en Greenwich de 1814 á 1856. Construyó las curvas de la marcha de las temperaturas, y de sus cálculos resulta que la temperatura media se baja ligeramente (de algunos décimos de grado), poco antes del plenilunio y algunos días antes del último cuarto, y que

reciprocamente hay una elevación casi constante de temperatura desde el novilunio á la luna llena exclusivamente.

Además, el tiempo se cargaría de nubes más ó menos á menudo durante la primera mitad del período lunar, quedando durante el segundo. Arago había ya creído observar que llueve más en luna nueva que en luna llena.

Por último, y esta es una observación popular que la científica no ha desmentido: la luna parece tener la singular propiedad de disipar las nubes, de *comérselas ó decorarlas* como dice la gente sencilla; lo cual no puede hacer sino calentando á lo ménos las capas superiores de la atmósfera. Este efecto parece contradecir el resultado negativo del experimento de Melloni. Pero John Herschel ha demostrado que no son incompatibles ambas cosas. En efecto, el poco calor que nos envía la luna es calor oscuro que los cuerpos diáfanos interceptan, y que no llegando hasta la tierra, no puede ser manifestada por el termómetro. Al contrario, ese calor produce en la superficie del suelo un frío bastante marcado, cabalmente porque al disipar las nubes, favorece la irradiación nocturna. De donde resulta que...

—Dispense usted, querido maestro, si le interrumpo en mitad de la frase. Me habla usted de la irradiación nocturna. Dígnese usted al ménos decirme lo que es; y luego tendrá usted la bondad de decirme lo que piensa sobre la *luna roja*. Puesto que está usted en disposición de hacer el balance, como dice, del astro de la noche, aquí tenemos una partida que no debe pasar por alto...

—A mi vez la interrumpo, señora, para pedirle perdón de mi olvido. Puede suceder que se me pase por alto algún punto importante, y en este caso agradeceré que usted me avise; pero no tema usted que sea mi voluntad descuidarlo. Cabalmente iba á hablar de la *luna roja*, cuyos pretendidos efectos dimanar precisamente de la irradiación nocturna, ó hablando de una manera mas comprensible, del enfriamiento de la superficie del suelo durante la noche. Este enfriamiento es mas rápido en tiempo sereno que en nublado, como si las nubes fuesen en cierto modo un manto que le conserva el calor.

Nada mas fácil de entender. La luna de abril que se llama *roja*, no porque lo sea mas que cualquier otra, sino porque la acusan de asar y enrojecer los retoños y capullos que empiezan á nacer; la luna roja, digo, coincide amenudo con la vuelta del viento noreste que cada año sucede

por espacio de algunas semanas á los primeros soplos tibios y húmedos de la primavera. Con este viento el tiempo está sereno y bastante cálido de día, pero de noche, que es todavía larga entonces, la tierra se enfría harto á menudo, y lo bastante para que el termómetro baje hasta cero ó quizás mas: así las plantas tiernas no son asadas sino heladas; sus tejidos mueren, se desorganizan y toman un tinte amarillento ó rojizo; y esto se efectúa, señora, merced al tiempo bueno, á la serenidad del cielo en que brilla la luna con purísimo esplendor. Esto basta para que la generalidad haga á la pobre Feba responsable de un delito del cual no es mas que testigo. Suerte que la preocupacion general no trae en este caso malas consecuencias. Al contrario, los agricultores, temiendo la funesta influencia de esta malvada luna, creen preservar sus hortalizas cubriéndolas con esteras de paja; precaucion excelente no contra la luna, sino contra el frío.

¿Tiene usted algo mas que decir, señora, en cargo ó descargo de la acusada?

—No, señor.

—Pues podemos declarar que la luna no interviene de modo alguno en la produccion ó cesacion del buen tiempo ni del malo, que no es mas roja en la primavera que en las otras estaciones; que es inocente del crimen de *asar* los capullos y tiernos retoños; y que, en resumen, no hay motivo para imputarle los fenómenos atmosféricos que tenemos por nocivos ó perjudiciales, ni tributarle la honra de causar los que nos son gratos ó útiles.

Pero añadamos que si al susodicho astro se le debe absolver de toda participacion notoria en los hechos cuyo único autor se sabe que es el sol, podrá y deberá ser llamado á dar testimonio de los mencionados hechos cuando haya lugar. ¿Le parece á usted equitativo y debidamente formulado este fallo?

(Se continuará.)

SECRETOS DE TOCADOR.

RECETA PARA FORTALECER LAS ENCÍAS Y CONSERVARLAS, DÁNDOLES BUEN COLOR.

Las encías están sujetas á graves alteraciones, cuyas causas varían. Bajo ciertas influencias su brillo se empaña, se reblandecen y se descarnan de los dientes, que no tardan en oscilar y caen al menor esfuerzo.—Cuando esto sucede hay que

adoptar prontas medidas, pues el mal podría tomar graves proporciones y hacerse incurable.—Hé aquí la receta que dará mas pronto resultados.—En 400 gramos de agua vulneraria espirituosa se echan 35 de espíritu de coclearia y 4 ó 5 gotas de aceite esencial de clavo especia.—En un vaso de agua se echa una cucharadita de este líquido, y con ello se enagua la boca con frecuencia. Puede aumentarse la dosis, si el resultado no es tan pronto como se desea, pero hay que cuidar de no emplear nunca pura esta composicion.

JARDINERÍA DE SALON.

CAPÍTULO II.

EL JARDIN EN LA CHIMENEA.

Plantas que pueden formar parte de este jardín.—Eleccion de las cebollas de flores.—Jacintos que florecen bajo el agua.—Disposicion de los vasos para esta prueba.—Plantacion de las cebollas.—Jacintos en el agua.—Narciso junquillo.—Azafranario.—Tulipan del duque.—Macetas para el jardín de la chimenea.—Cuidados que exigen las cebollas de flor despues de la florescencia.—Como se desdobra el follaje del azafranario.—Tusilago vainilla.—Hepáticas.

Plantas que pueden cultivarse en el jardín de la chimenea.

No puedes formarte idea, amable lectora, de todo lo que voy á indicarte en este capítulo respecto al cultivo de plantas; pero ante todo debo decirte que el título que lleva no es una decepcion: puedes realmente componerte un jardín de los mas adornados con solo tener á tu disposicion el espacio que abarca la meseta de la chimenea francesa.

Se entiende que las plantas aquí espresadas podrán cultivarse en invierno y en los países frios, con el cuidado que indicamos; en cuanto á los países cálidos, ó en verano, no se necesitan las mismas precauciones.

Eleccion de los bulbos, rizomas ó cebollas de flor.

A últimos de setiembre, que las noches son frescas, es necesario un poco de fuego despues

de la puesta del sol, para dar calor á las plantas de la chimenea.

Entonces es ocasion de procurarse buenas rizomas de jacinto, azafran, tulípan, narciso, junquillo ó cualquiera de las otras especies que dan flores hermosas y delicado aroma.

Deben preferirse, no los bulbos mas voluminosos, que no suelen ser los mejores, sino los medianos y lisos, exentos de manchas, contusiones y puntos blandos. Los que dan signos de vegetacion prematura deben ser tambien desechados.

Jacinto que florece bajo el agua.

Una vez hecha la eleccion de los matices mas vivos del azul, encarnado ó amarillo, es conveniente hacer un experimento que será origen de agradable distraccion durante el invierno.

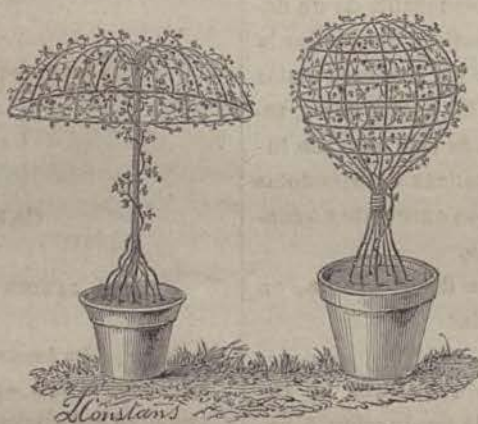
Se buscan dos vasos de cristal blanco, liso, destinado el uno á contener agua pura, y el otro horadado por dos partes, una arriba y otra abajo. Este vaso casi de la forma del primero, pero algo mas chico, debe ante todo recibir una hermosa rizoma de jacinto de flor roja. Se coloca esta rizoma ó bulbo en sentido inverso de su posicion natural; esto es, la parte por donde deben salir las hojas y luego las flores, hácia abajo. Estando horadado el fondo del vaso, la cabeza del bulbo habrá de presentarse precisamente en el orificio de esta abertura. Entonces se desmigaja por encima de la rizoma una mezcla de buena tierra de jardín y estiercol de hojas medio podridas, hasta llenar el vaso en sus tres cuartas partes. Se coloca otra cebolla de especie que dé un color muy distinto de la primera, como azul si esta es roja, en el mismo vaso, de manera que su cabeza toque el orificio superior. No faltará mas que poner el vaso así preparado encima del primer vaso lleno de agua.

Dos juegos semejantes van muy bien, colocándolos á los dos extremos de la meseta de la chimenea.

de la habitacion que se se habita ordinariamente, y donde por consecuencia se enciende fuego durante la cruda estacion. La tierra que llena el vaso superior debe regarse la primera vez, con moderacion, despues de haber colocado las dos rizomas; las otras veces debe refrescársela sin cesar, pero sin sobrada humedad, repitiendo el riego tantas veces cuantas se note que tienda á secarse.

A los pocos dias sucede lo siguiente. La parte plana de los bulbos espiden á la par raíces blancas y rectas; las de la rizoma invertida se vuel-

ven por sí mismas encorvándose, y no por ello dejan de llenar completamente sus funciones. Pronto las dos cebollas colocadas en sentido inverso producen hojas que salen las unas en el aire, las otras en el agua. Luego se ven en medio del trasparente liquido del vaso inferior los capullos salidos del tallo, y finalmente, las flores tan hermosas, tan bien formadas y ricas de color, rodeadas



Enrejados para plantas trepadoras

de hojas de hermosísimo color verde; todo se desarrolla de la misma manera que lo efectua la planta producida por el bulbo, plantado en las condiciones naturales, es decir, en el aire, su elemento natural.

Pero no estará de más indicarte, para que moderes tu impaciencia, amable lectora, que se necesita bastante tiempo para que se efectue todo cuanto acabamos de explicar; pues las rizomas que habrás plantado en octubre, no ostentarán su completa florecencia hasta el siguiente mes de febrero ó marzo. Pero ¿no es verdad que es una distraccion deliciosa ir siguiendo día tras día las fases del desarrollo de estas plantas, sobre todo las de los jacintos, que acaban por florecer en el agua cabeza abajo?

(Se continuará.)

Derechos reservados.

EDITOR, SALVADOR MANERO.

SUSCRIPCION Y VENTA, LEONA, 13. ADMINISTRACION, LAURIA, 82, BARCELONA.

Imp. de Manero.